

EL GALLINERO

EL POBLADO DE LOS 300 NIÑOS

No hay agua corriente ni baños. Hay más ratas que perros. Y nadie tiene
viven 300 niños con sus familias. Un informe de Save the Children y la Universidad de Comillas
hay esperanza. Gracias a los voluntarios de la parroquia San Carlos Borromeo
los pequeños están escolarizados y sus padres no trafican con drogas. Sólo necesitan



UNA CARRERA CONTRA EL TIEMPO

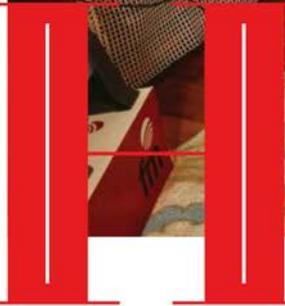
Los datos del informe the Save de Children son propios de un país del Tercer Mundo. El índice de pobreza del poblado alcanza al 93 por ciento de la población. La probabilidad de que estos menores que corren no alcancen los 60 años de vida es del 98 por ciento.

trabajo. En el asentamiento chabolista de El Gallinero, en Madrid, alerta de una situación inimaginable en un país del Primer Mundo. Sin embargo, de Entrevías, que llevan 10 años trabajando allí, una oportunidad... y no ser arrastrados por el fango.

POR NACHO CARRETERO / FOTOS: CARLOS LUJÁN



CREAR UN HOGAR.
 En un lugar acorralado por el barro, la basura y las ratas, las familias intentan mantener sus chabolas limpias, ordenadas y decoradas. Es su hogar y el de sus hijos.



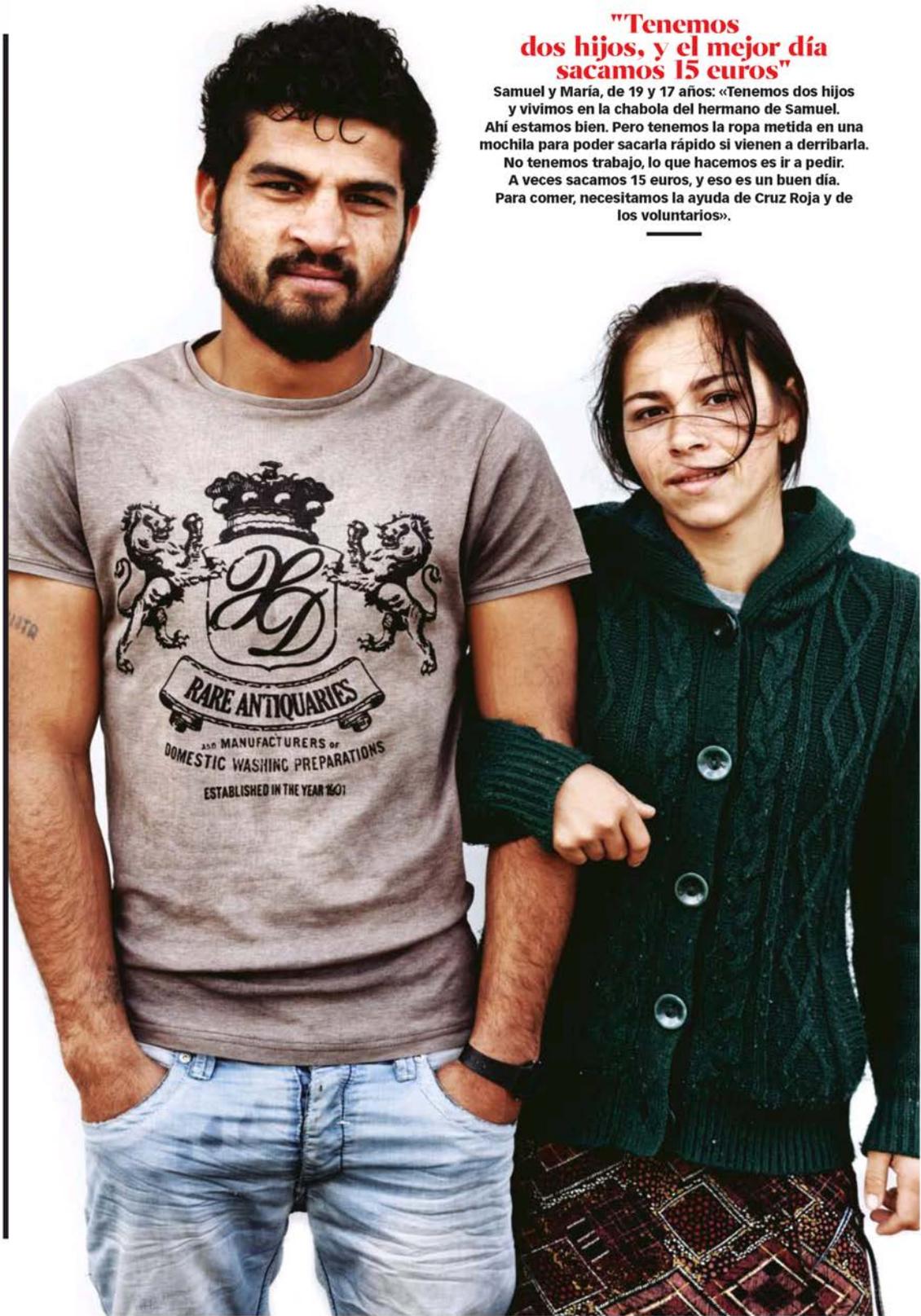
ay en barrer sobre el barro un acto de dignidad admirable. Lo lleva a cabo María, con una vieja escoba deshilachada. Aparta los restos de basura que se mezclan con la tierra delante de su chabola y después los tira.

★ ★ ★ ★ ★

CUANDO TERMINA, DESCANSA CON SU MANO EN la cadera. Lleva un pañuelo en la cabeza. No hay ni un solo desperdicio frente a su casa.

Hoy cae aguanieve sobre El Gallinero. El día apenas regala un grado sobre cero, y la tierra se ha hecho barro en el poblado más castigado de Madrid. Probablemente de toda España. Enclaustradas entre la autopista A-3 y la M-50 viven 94 familias en infraviviendas. Casi 500 personas. La mitad, 250, son niños. Las chabolas son de madera y lata. Ahora, una tabla lisa; ahora, un trozo de cartón; ahora, una placa de aluminio. Parecen frágiles, improvisadas, pero están hechas con ▶





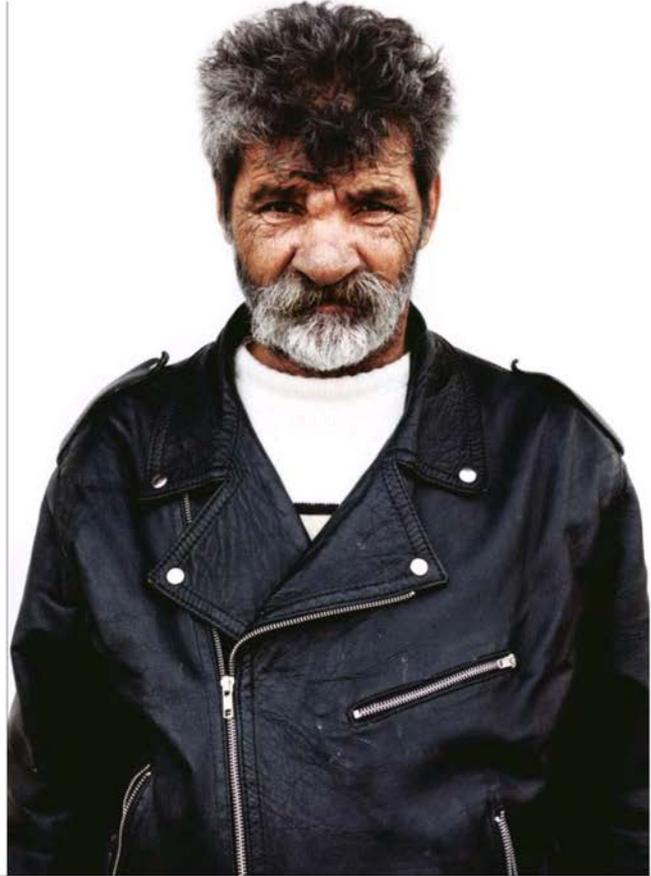
"Tenemos dos hijos, y el mejor día sacamos 15 euros"

Samuel y María, de 19 y 17 años: «Tenemos dos hijos y vivimos en la chabola del hermano de Samuel. Ahí estamos bien. Pero tenemos la ropa metida en una mochila para poder sacarla rápido si vienen a derribarla. No tenemos trabajo, lo que hacemos es ir a pedir. A veces sacamos 15 euros, y eso es un buen día. Para comer, necesitamos la ayuda de Cruz Roja y de los voluntarios».



"Yo y mis hijos pedimos; sueño con que mis nietos tengan trabajo"

Petra, de 52 años, con su nieto: «Tengo diez hijos. Seis están aquí y cuatro en Rumanía. Me gano la vida vendiendo *La Farola*. Mis hijos también piden. Solo sueño con que mis nietos puedan tener un trabajo. Sueño con eso».



"Me dedico a lo que puedo, la verdad. Necesito comer"

Sava Marin, de 51 años: «Primero viví en un campamento de Cruz Roja, pero nos echaron. Nos fuimos a la Cañada y nos echaron. Luego construimos estas chabolas. Tengo seis hijos. ¿A qué me dedico? A lo que puedo, la verdad... Necesito comer».

habilidad. Bien hechas. «Cogemos el material de la basura... o madera y palos del campo, y con ellos construimos las chabolas», explica Leonard, uno de los vecinos del poblado. Pura supervivencia.

Ocupan 20.000 metros cuadrados. Las chabolas tienen luz gracias a unos improvisados postes que desembocan en una toma donde se acumulan conexiones y cables. Si se estropea eso, adiós a la electricidad en el poblado. No tienen agua. Solo hay una fuente a 500 metros, donde las mujeres llevan los bidones a primera hora de la mañana. No tienen baños. Un lado del poblado sirve para los hombres y el otro para las mujeres. Los niños improvisan. Cuidado por dónde se pisa.

En medio, basura. Kilos de basura. Se acumulan en los badenes naturales, grandes zanjas convertidas en vertederos que discurren entre las chabolas. Y, con ellas, los gatos, perros y ratas ('ratones', como los llaman los niños) que campan a sus anchas entre las chabolas. Las mordeduras

Aquí no hay tráfico de drogas. Los niños están escolarizados. Es el brillante resultado de la pelea de voluntarios como Blanca



"Espero mi cuarto hijo. Me quedan tres pañales"

Ana, de 24 años: «Estoy esperando mi cuarto hijo. Mi marido gana unos 100 o 150 euros al mes para todos, y yo no puedo salir a pedir porque estoy embarazada. Ahora mismo, me quedan tres pañales y se me ha acabado la leche. Siempre es así».



"Nos tiraron la chabola, pero logré salvar mi bicicleta"

Diego, de 11 años: «Un día vinieron y nos tiraron la chabola. Nos quedamos sin casa, pero yo logré sacar la bicicleta. Ahora está en mi casa nueva. Voy al colegio. ¿Siempre? Bueno, a veces hace mucho frío fuera y me quedo un rato más en la cama».

a niños son habituales. Por cierto, estamos en Madrid. A veinte minutos de la Puerta del Sol.

«Si yo fuera político y esto siguiera en pie, dejaría la política». Habla Jorge, voluntario de la parroquia San Carlos Borromeo de Entrevías. Acude casi a diario a ayudar a los habitantes de El Gallinero. «Llevan aquí desde el año 2000, cuando los echaron de la Cañada Real», explica. «En este lugar se vulneran derechos humanos. Así de claro. Y nadie hace nada».

Casi todos los habitantes de El Gallinero viven de la mendicidad. De 94 familias, solo 15 perciben la renta básica. Cruz Roja, Cáritas y la parroquia de Entrevías hacen el resto. Piden, limpian parabrisas o venden el periódico benéfico *La Farola*. Un día soberbio es volver con 20 euros a casa. «Pero el autobús ya nos cuesta ocho», se queja Olivia, madre de tres hijos. «A veces no nos llega para regresar».

No están libres de pecado, claro. Sobre una pendiente

pegada al poblado descansan metros de cable. Algunos vecinos se dedican al hurto de cobre. Después lo queman y lo revenden. «Cuando vemos salir humo del poblado —explica un agente de Policía—, nos acercamos porque sabemos que están quemando cable». También hay lo que ►

Cada poco, el Ayuntamiento derriba una chabola y propone una vivienda alternativa. «Nos ofrecen casas que no podemos pagar», dicen

22 DE FEBRERO DE 2015 XLSEMANAL

press reader Printed and distributed by PressReader
PressReader.com +1.604.278.4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



ATRAPADOS SIN SALIDA

El Ayuntamiento ofrece que se vayan a vivir a alguno de los campamentos para extranjeros sin recursos. En concreto, a los de Valdelatas o Las Tablas (en Madrid), gestionados por la ONG Acceem. Pero allí solo pueden estar seis meses. «¿Y entonces qué?», se preguntan ellos. Otra vez, a la chabola.

la Policía llama 'descuidados'. Algún grupo, sobre todo de mujeres, que se desplaza al centro de Madrid y allí se agencia carteras de turistas despistados. «Son hurtos sin violencia, no son conflictivos», comenta el agente. La Policía afirma, además, que en El Gallinero no hay tráfico de drogas, algo que no puede decir el vecino sector 6 de la Cañada Real, el asentamiento chabolista más grande de Europa. «Nos llevamos bien con ellos», dice un vecino. «A veces traen electrodomésticos para que los desguacemos y nos dan 15 euros». Jorge, el voluntario, confiesa después: «No se llevan nada bien. En realidad les tienen miedo. Hay bandas en la Cañada muy peligrosas».

.....

LA PRIMERA GENERACIÓN QUE VA AL COLE

El 70 por ciento de los niños de El Gallinero están escolarizados. Es el brillante resultado de una larga pelea de voluntarios como Blanca. Consiguieron dotar de papeles a todos, pelearon su escolarización y lograron que les pusieran autobuses. Ahora van a varios colegios de la zona. «Hay uno que es concertado y tienen que ir uniformados», explica Blanca. «Un día, un profesor echó a un niño de clase porque traía los zapatos llenos de barro. Creía que era una travesura. Pero por aquí es imposible caminar sin embarrarse».

El desafío es lograr ahora que permitan escolarizar a los menores de tres años. «Todavía no les dejan. La Administración dice que no tiene sentido», afirma Blanca.

**Llevan aquí desde 2000.
«Este lugar vulnera los
derechos humanos,
pero nadie dice nada»,
afirma un voluntario de la
parroquia**

«Pero si los bebés se quedan aquí son las hermanas quienes tienen que cuidarlos. Y dejan el colegio por eso».

Por las tardes, los voluntarios ayudan a los niños a hacer los deberes. En un habitáculo de hierro que alberga unos pupitres, un puñado de valientes, de manera altruista, los ayudan a estudiar con infinita paciencia. Es la primera generación que va al colegio en el poblado. «Tiene mucho mérito que estos niños vengan a hacer los deberes. Padecen diarreas, deshidrataciones y hasta sarna. Y, aun así, quieren estudiar». La estampa lo corrobora. Con la nevada contenida por un viento helado pasa un pequeño de tres años descalzo sobre la tierra. Lleva un pequeño jersey, pero en sus diminutas piernas no hay pantalones ni calzoncillos.

Los habitantes de El Gallinero no se llevan bien con la autoridad. «Nos pegan», se queja Leonard. «Un día, un policía pegó cuatro disparos al aire delante de mi chabola mientras me insultaba». Jorge explica: «Hay abusos, sí. Pero también hay policías que los tratan bien. Como en todas partes».

Mucho del temor y el odio que los vecinos les tienen a los agentes viene de los derribos. El Ayuntamiento, cada pocas semanas, tira algunas chabolas, por ser viviendas ilegales. Les ofrecen alternativas en campamentos para extranjeros o, en el mejor de los casos, viviendas subvencionadas, pero los habitantes de El Gallinero replican: «Me dan una casa donde no puedo pagar nada: ni luz, ni agua ni alquiler, aunque sea mínimo. Yo tengo 150 euros al mes. ¿A qué casa me voy a ir? Si me derriban la chabola, me dejan sin nada».

A El Gallinero sigue llegando gente. Se levantan nuevas chabolas por las que se derriban. O se meten más familiares en la misma. El caso es que ahí sigue el poblado, si acaso el rincón más pobre de Madrid. Miseria extrema a doce kilómetros del centro. Un pequeño paseo en coche que demuestra que hay más mundos en este. ■